

El Vietnam y los Estados Unidos

LA RENDICIÓN DE SAIGÓN

En seis semanas, desde mediados de marzo hasta fines de abril de 1975, el gigantesco dispositivo militar de Vietnam del Sur, que los analistas norteamericanos consideraban uno de los más poderosos del mundo después de las fuerzas armadas de las grandes potencias, se desmoronó como un castillo de naipes¹. En los últimos días de abril el gobierno de Saigón apenas conservaba el control del área inmediatamente circundante de la capital y, con mucha infiltración del Vietcong, la región del delta del Mekong. Había perdido prácticamente toda su aviación. De las 25 divisiones de combate de que disponía dos meses atrás, sólo conservaba siete, totalmente desmoralizadas. Había perdido igualmente el control de todos los puertos marítimos, salvo Vung Tan, al sudeste de Saigón. Y éste mismo podría caer en cualquier momento, si ello fuera conveniente para el Vietcong.

Del punto de vista militar, como es sabido, al súbito debacle de las fuerzas de Saigón se añadió, más inmediatamente, la decisión de Van Thieu, a mediados de marzo, de retirar sus fuerzas de la región Norte-Central para concentrarlas en posiciones más defensivas y aumentar su poder de fuego. Adoptada apresuradamente, sin consulta previa a los comandos, y ejecutada de forma más o menos apresurada y mal coordinada, la retirada se convirtió rápidamente en una sucesión de derrotas. La caída de la antigua capital imperial, Hué, seguida de la de la importante base aeronaval de Danang, terminaron con la ya baja moral de las tropas de Vietnam del Sur. En esta última ciudad las fuerzas sudvietnamitas, poseídas de incontrollable pánico, huyeron de la lucha y se precipitaron sobre los medios de transporte, arrebatándolos a la fuerza de evacuación de los civiles, en un espectáculo de desmoralización colectiva que contaminó al resto del país.

La inutilización de la base aérea de Bien Hoa, próxima a Saigón, a mediados de abril, selló definitivamente el colapso militar del régimen. Quedaba decidir, por los Vietcongs, cómo ocuparían Saigón: si en un asalto final que podía haber sido exitoso desde el último

¹Sobre la campaña del Vietcong, en marzo y abril de 1975 y la rendición de Saigón, el 30 de abril de 1975, cf. los reportajes de *Time* de los meses referidos.

tercio de abril, o si mediante un cerco que forzase la rendición de los sudvietnamitas.

El 21 de abril Van Thieu, habiendo conseguido transportar para Suiza el tesoro del que se apoderó durante sus años de gobierno (75 millones de dólares en barras de oro, parte de las cuales se suponen pertenecientes al mariscal Lon Nol, de Camboya), renunció en favor de su vicepresidente, Tran Van Huong. Éste, entretanto, considerado por el Vietcong como mero representante de Thieu, no logró entablar negociaciones, lo que lo forzó, a su vez, a renunciar. "Big" Minh, el general que dirigió en 1968 el golpe que derribó a Diem, es escogido el 28 de abril como el hombre más capacitado para intentar negociaciones finales. Pero ya era demasiado tarde para cualquier negociación. Minh sólo puede declarar, en la madrugada del 30 de abril, la rendición incondicional de Saigón.

Se cerró así, por la rendición incondicional, el último episodio de esa extraordinaria epopeya trágica que fue la lucha del pueblo vietnamita para conquistar su autodeterminación. Iniciada en la década de 1920, contra el colonialismo francés y reactivada en 1945 después de la derrota del Japón, la guerra de liberación nacional de Vietnam es una terrible historia de heroísmo y sufrimiento que se arrastra por medio siglo y culmina con la victoria total de las fuerzas nacionales y populares. Desde la resistencia de Grecia contra las invasiones persas, en el siglo V AC, jamás la historia registró un ejemplo comparable de heroísmo popular, de determinación nacional y de competencia y dedicación de los dirigentes en la conducción política y militar de la lucha.

BREVE CRONOLOGÍA

Un pueblo de campesinos, con 38 millones de habitantes (datos de 1968), 21 millones de ellos en Vietnam del Norte y 17 en Vietnam del Sur, en el curso de la lucha que se arrastra prácticamente sin interrupción desde 1945, consiguió primero establecer su independencia de Francia en 1954 y después de los Estados Unidos, en una confrontación que se fue tornando cada vez más amplia y directa, envolviendo, finalmente, con excepción de las armas nucleares y bacteriológicas, todo el aparato militar de la mayor potencia del mundo.

Esta espantosa gesta presenta una sucesión de fases bastante dife-

renciadas². Como se mencionó anteriormente, los intentos de independencia se inician en la década de 1920, bajo la dirección del Vietminh (Liga de Liberación Nacional), mediante actos de sabotaje y guerrilla en el delta del Mekong. Fue, por lo tanto, en el sur de Vietnam del Sur que comenzó la lucha anticolonial. Francia reaccionó con el mayor vigor y tuvo inicialmente gran éxito en la contención de la guerrilla, reduciéndola prácticamente a la impotencia.

Con la segunda Guerra mundial los japoneses ocupan Vietnam. En 1944 Ho Chi Minh asumió la dirección del movimiento e inicia la lucha contra los japoneses. Derrotado el Japón, los franceses retoman el control de Vietnam y rehúsan negociar con Ho Chi Minh la independencia de la región. Se inicia entonces una larga guerra de guerrillas y de erosión del poder francés, en que los campesinos se convierten de noche en activistas del Vietminh, y retornan de día a sus faenas agrícolas. Francia revela crecientes señales de fatiga, en una guerra colonial impopular cuyos costos son cada vez más compartidos por los Estados Unidos (80 %), en la perspectiva de la guerra fría.

En 1954, el general Henri Navarre, ansioso de forzar al Vietminh a un compromiso más convencional que le permitiese alcanzar una "victoria final", concentra sus fuerzas en un valle junto a la frontera norte de Laos, para cortar las fuentes de abastecimiento del enemigo, que venían de China. La aldea de Dienbhienu, para la cual trata de atraer las fuerzas del Vietminh, es convertida en una verdadera fortaleza. Para sorpresa del mundo el general Giap acepta el compromiso y, a través de una hábil maniobra de artillería, destruye las fuerzas de Navarre el 7 de junio de 1954.

Los partidarios de la guerra en Francia pierden la moral, permitiendo la formación de un gobierno de centro izquierda el 19 de julio de 1954, bajo la dirección de Pierre Mendès-France, quien negocia la suspensión de hostilidades y los acuerdos de Ginebra, en julio de 1954. En sus líneas principales, los acuerdos establecen un cese de fuego general con la división provisoria del Vietnam a lo largo del paralelo 17, y fijan elecciones generales para decidir los destinos del país, en julio de 1956.

Desde mediados de 1954 hasta 1956, y a partir de ese año hasta mediados de 1962 se sigue un período preparatorio de un nuevo esfuerzo de liberación nacional. El gobierno de Eisenhower, convencido de que las elecciones previstas en el acuerdo de Ginebra condu-

²Para un breve e imparcial relato de los acontecimientos de Vietnam, cf. George Mc. Turnan Kahin y John W. Lewis, *The United States in Vietnam*, New York, Delta Books, 1967; ver también Richard W. Van Alstyne, "The Vietnam War in Historical Perspective", in *Current History*, December 1973, págs. 241 a 246 y sigs.

cirían a una victoria de Ho Chi Minh, impide su realización y procura convertir la línea demarcatoria provisoria de cese de fuego en una permanente frontera entre dos países, creando la ficción de un Vietnam del Sur libre y opuesto al comunismo de Vietnam del Norte.

Ho Chi Minh comprende que los norteamericanos reemplazarían a los franceses, y que aunque renunciaran al control del norte del país, procurarían asegurarse el del sur a través de gobiernos títeres. Prepara entonces una estrategia de largo plazo, basada inicialmente en la recuperación económica del Norte y en el fortalecimiento de su poder militar. En seguida, a partir de diciembre de 1960, trabaja en la formación del Frente Nacional de Liberación organizado en el sur por los Vietcongs.

Vietnam del Sur, dirigido en un comienzo por un hombre de confianza de los franceses, el ex emperador Bao Dai, pasa a partir de 1955 a ser dictatorialmente controlado por un hombre de confianza de los norteamericanos, Ngo Dinh Diem. El régimen dictatorial de éste provoca crecientes reacciones en los más diversos sectores de Vietnam del Sur. Gradualmente, los antiguos resistentes Vietminh se organizan en el Vietcong. Y a partir de diciembre de 1960, se inicia la campaña sistemática de la guerrilla.

Al final del gobierno de Kennedy, desde mediados de 1962, los Estados Unidos comienzan a considerar necesario, para preservar el poder de Saigón, darle apoyo militar directo, además de suministrarle material bélico. Esa asistencia militar se inicia, cautelosamente, bajo la forma de "asesores" (*advisers*), que llegan en 1963 a un total de 16.000. Algunas tropas son también enviadas para brindar apoyo logístico.

La iniciativa de una intervención directa de tropas americanas para alcanzar una rápida "victoria militar" fue tomada por el gobierno de Johnson en 1964. Un año antes, todavía bajo Kennedy, los Estados Unidos se habían convencido de que la impopularidad de Diem no le daba las condiciones para afrontar la situación. La CIA y el general Minh, que aspiraba al poder, derriban a Diem, que es asesinado por su hermano Ngo Dinh Nhu. Pero será el general Nguyen Van Thieu quien finalmente, en 1965, después de los generales Minh y Chanh, ocupará el poder, figurando como vicepresidente el general Cao Ky. Se establece así, la definitiva militarización del régimen de Saigón.

El proceso de intervención militar directa norteamericana es precedido, para generar condiciones de apoyo en la opinión pública y en el Congreso, por el episodio del golfo de Tonkín, en 1964. Los Estados Unidos atacan secretamente dos pequeñas islas de Vietnam del Norte en aquel golfo, y sólo hacen pública la represalia de Vietnam del Norte sobre dos destructores americanos, a 23 millas de la costa.

Pasada por el Congreso americano la "resolución de Tonkín", que confiere poderes ilimitados al presidente, Johnson inicia la intervención militar directa. Comenzó con el envío de 3.500 fusileros navales. Rápidamente sube el número de contingentes solicitados por el comandante americano, general William Westmoreland. Serán 175.000 en junio de 1955, 275.000 en julio, 443.000 en diciembre, más de 540.000 en junio de 1966.

Elegido con el compromiso de dar una terminación honrosa a la guerra, como Eisenhower relativamente a la de Corea, Nixon procurará sustituir hombres por equipos y por tropas lejanas (vietnamización) en un proceso destinado a forzar al Vietnam a un acuerdo. De un total de 600.000 soldados aportados en Vietnam en 1968, los Estados Unidos llegarán a tener apenas 23.000 en 1973. Entretanto, someterán al Vietnam del Norte, y a todos los puntos de Vietnam del Sur, Laos y Camboya sospechosos de amparar fuerzas del Vietcong, al más concentrado bombardeo de la historia. Sobre el pequeño país se abatirán más de 7 millones de toneladas de bombas —más que el total de las usadas, por ambos lados, en la segunda guerra mundial— cabiendo al gobierno de Nixon solamente la responsabilidad por más de la mitad.

Los acuerdos de París, firmados el 27 de enero de 1973, ponen término, finalmente, a la intervención militar directa de los Estados Unidos. El intenso bombardeo de Vietnam se revelará incapaz de cambiar la suerte de la guerra. Los Estados Unidos tuvieron que renunciar a la idea de la "victoria final" y, compelidos por su propia opinión pública, se vieron forzados a retirar sus tropas del país, dejando a los vietnamitas la decisión de su propia suerte.

Todo indica que el Vietcong, convencido de su amplio apoyo popular, después de firmados los acuerdos, procuró —como hiciera el Vietnam del Sur después de los acuerdos de Ginebra— ultimar por la vía política las conquistas iniciadas con la lucha armada. Thieu, entretanto, como anteriormente Diem, jamás pensó someterse al test de las elecciones libres. En 1973, como en 1954, Vietnam del Sur era una ficción político-militar totalmente dependiente del apoyo extranjero.

El último acto de esa epopeya trágica acaba de desarrollarse ante nuestros ojos. Vietnam del Norte y el Vietcong más de una vez se dieron cuenta, después de los acuerdos de París, de que la vía política les iba a ser siempre negada, en la medida en que el régimen de Saigón dispusiera de fuerzas para ello. Prudente y gradualmente, las fuerzas combinadas del Norte y el Vietcong van aumentando la presión sobre Saigón, atentas a no provocar prematuramente una crisis que pudiera invertir las tendencias de la opinión pública norteamericana y suscitar un retorno de la intervención militar directa. Esa

estrategia obtuvo un éxito total. El régimen de Saigón se torna cada vez más impopular por su inepticia y corrupción a los ojos de la propia opinión pública norteamericana. La presión del Vietcong, en cambio, se torna cada vez más severa.

Dos años después de la firma de los acuerdos de París, el régimen de Saigón, privado de la intervención directa de la maquinaria de guerra de los Estados Unidos, ya no consigue, a pesar de su enorme superioridad en equipo y en tropas (un millón de hombres), mantener sus frentes de combate anteriores. De ahí la contingencia en que se vio Thieu de reducir sus líneas para resistir mejor. Como se mencionó al comienzo de este comentario, la forma precipitada como fue tomada y ejecutada esa decisión, relativamente a una tropa que ya no disponía de ningún incentivo para la lucha y a un régimen destituido de apoyo popular y despreciado hasta por los pequeños sectores que se beneficiaban de él, representó el momento de la reversión del proceso y es así como se desmoronó, en el curso de algunas semanas, todo el montaje político-militar que los Estados Unidos habían armado en Indochina, desde los acuerdos de Ginebra de 1954.

Más de ciento cincuenta mil millones de dólares y de cincuenta y seis mil muertos representan, en términos de recursos materiales y de vidas humanas, el costo ostensible en pérdidas norteamericanas. El costo efectivo, incluida la degradación interna de los valores y de las prácticas de la vida pública norteamericana y el deterioro externo de su autoridad moral y de su liderazgo político, difícilmente podrá ser estimado. Representa, sin duda, el más grave desastre en la historia de los Estados Unidos.

RAZONES DE LA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA

¿Por qué intervinieron los Estados Unidos en Indochina? En esta hora de debacle final, el secretario de Defensa, James Schlesinger, en la línea de las explicaciones oficiales que venían de los gobiernos anteriores, declaró lo siguiente: "El esfuerzo norteamericano en el Sudeste Asiático fue un fracaso, si bien no desprovisto de propósito". Y continuó (conforme al texto publicado por el Jornal do Brasil el 30 de abril): "Podría decirse que la guerra en sí fue inútil. En cierto sentido, lo mismo podría ser aplicado a cualquier esfuerzo nacional fracasado. Así también, nuestra intervención no careció de propósito. Fue emprendida para ayudar a una pequeña nación a preservar su independencia y a sobrevivir ante el ataque externo".

En verdad, esa explicación es completamente improcedente³. Vietnam del Sur no existía como país o nación, ni histórica ni jurídicamente. Los acuerdos de Ginebra de 1954, que dieron origen a la partición provisoria de Vietnam a lo largo del paralelo 17, como línea de reagrupamiento de las fuerzas en combate, transfiriendo hacia el norte a las del Vietminh y hacia el sur a las de los franceses, expresamente establecieron que continuaba existiendo un solo país, cuyo destino sería libremente decidido por medio de elecciones generales en julio de 1956. Fueron los Estados Unidos, a través de Diem, que proclamaron unilateralmente en 1955, contra la expresa determinación de los acuerdos de Ginebra, la constitución de la "República de Vietnam", correspondiente a Vietnam del Sur. Fueron también los Estados Unidos y Diem los que se negaron en julio de 1956 a realizar las elecciones previstas, convencidos de que ganaría Ho Chi Minh, tanto en el Norte como en el Sur.

En verdad, la intención del gobierno norteamericano de no respetar los acuerdos de Ginebra data de la propia evasión de la firma de esos acuerdos. Los Estados Unidos no eran entonces participantes directos del conflicto, en el cual se habían limitado a suministrar recursos a los franceses. Tampoco disfrutaban entonces de una opinión pública que les permitiera sustituir abiertamente a Francia en la lucha contra el Vietminh, porque acababan de salir de la guerra de Corea. Nada podían hacer, así, contra la decisión del nuevo gobierno del *premier* Pierre Mendès-France de firmar acuerdos por los cuales se establecía, además de un armisticio con las fuerzas de Ho Chi Minh, la aceptación por Francia de la independencia de su ex colonia y del derecho de su pueblo a decidir libremente, en elecciones que se deberían realizar bajo supervisión internacional dos años más tarde, el destino político que quisiesen.

La oposición norteamericana a esos acuerdos fue casi ostensible y el propósito de dificultar o impedir su cumplimiento se vio claramente cuando meses después, el 8 de setiembre de 1954, el entonces secretario de Estado Foster Dulles formó la SEATO (South East Asia Treaty Organization) incluyendo en ella, como si fuese un país independiente, a Vietnam del Sur, ya bajo el control de Diem. Ese tratado, del que participaban además de los occidentales los países del Sudeste Asiático entonces alineados con los Estados Unidos —Camboya, Laos, Tailandia, Filipinas y Pakistán— establecía el principio de la mutua ayuda en caso de ataque externo.

La medida en que la política de los Estados Unidos en Vietnam del Sur era incompatible con los acuerdos de Ginebra y se encontraba orientada, inevitablemente, a provocar nuevas confrontaciones arma-

³Cf. George Mc. Turman Kahin y John W. Lewis, op. cit., caps. III y IV.

das con el Vietminh, puede ser avalada por el hecho de que los propios aliados de los Estados Unidos en la SEATO, en febrero de 1955, advirtieron oficialmente al gobierno de Eisenhower de que el sistema de defensa de la SEATO no funcionaría si el rechazo de Vietnam del Sur para realizar las elecciones previstas para julio de 1956 condujese a un ataque de Vietnam del Norte.

Se añade a las explicaciones de James Schlesinger que tampoco es verdad que el reactivamiento de las hostilidades en Vietnam haya sido provocado por Vietnam del Norte. Si bien los propios aliados de los Estados Unidos consideraban un legítimo "casus belli" para Ho Chi Minh la no realización, por Vietnam del Sur, de las elecciones previstas en los acuerdos de Ginebra, el hecho es que los dirigentes de Hanoi, conscientes de que los Estados Unidos buscaban un pretexto para una intervención directa en Indochina, reaccionaron ante la no efectivización de las elecciones proponiendo que éstas se realizasen en un período posterior. Desde 1956 a diciembre de 1960 Vietnam del Norte, concentrado en el esfuerzo de su propio desarrollo económico y de su fortalecimiento militar, instó constantemente al pueblo de Vietnam del Sur a tener paciencia y buscar una vía pacífica, que además permitiese una solución por la vía electoral.

Contrariamente a lo afirmado por Schlesinger, fueron los abusos dictatoriales de Diem, totalmente apoyado por los Estados Unidos desde 1956, los que provocaron la creciente reacción de los más diversos sectores de Vietnam del Sur. Esas reacciones condujeron a los antiguos resistentes del Vietminh, que habían permanecido en el sur, a reorganizarse bajo la forma del Frente de Liberación Nacional. Habiendo iniciado su acción en 1958, el frente sólo se formalizó como órgano de los Vietcongs en diciembre de 1960. Fue solamente dos semanas después de formalmente constituido que éste fue oficialmente reconocido por Hanoi, que pasó entonces a darle todo su apoyo.

Si la explicación oficial de la intervención norteamericana en Indochina es completamente improcedente, tampoco son aceptables las interpretaciones de carácter meramente económico, que la hacen surgir de los intereses de las grandes empresas. El control político-militar de Indochina ya fue, sin duda, fuertemente determinado por razones económicas, en el período que corresponde al establecimiento de los franceses en la región, y se prolonga hasta la segunda guerra mundial. El colonialismo del ochocientos, aunque asociado a motivaciones de poder y de prestigio nacionales, tenía inequívocas bases económicas. Entretanto, en la medida en que se fueron elevando los costos directos e indirectos de la administración colonial, fuertemente agravados después de la segunda guerra mundial por los gastos y por los sacrificios militares de contrainsurgencia, las ventajas econó-

micas del colonialismo fueron desapareciendo y éste pasó a ser económicamente, cada vez más oneroso.

La descolonización de Asia y África, a partir de la segunda guerra mundial, surgió precisamente de ese balance negativo. Se añade a esto que el neocolonialismo, a través de las inversiones extranjeras, los contratos de gestión técnica y administrativa, la cesión de patentes y de varios otros procesos, proporciona iguales o mayores ventajas a las potencias centrales sin las cargas económicas y político-militares del antiguo colonialismo.

Es necesario, de este modo, volver al plano político para comprender las razones de la intervención americana en Indochina. Los documentos del Pentágono, ahora publicados, así como el análisis de formulaciones de política de miembros del gobierno americano, a partir de Truman, confirman ese punto de vista, como lo reconocen los más lúcidos analistas de la política exterior norteamericana. El núcleo de las razones que determinaron la intervención norteamericana en Indochina ya se encuentra contenido en la doctrina Truman del "containment". El desarrollo dado a esa política por Eisenhower y Dulles crearon las condiciones que la tornarían inevitable. El cesarismo de Johnson llevó a efectivizar la intervención y a ampliarla hasta los límites máximos tolerados por la opinión pública norteamericana.

Recordemos brevemente que Truman, interpretando la expansión de la hegemonía soviética sobre Europa Oriental como indicación de una estrategia orientada a la dominación mundial, con la doctrina y la política de contención procuró impedir la continuación de esa expansión⁴. Eisenhower y Dulles convirtieron la contención, de una política de resistencia, en una política de contrataque y de ocupación preventiva de áreas consideradas vulnerables a la penetración del "comunismo internacional", ya sea por la vía de la agresión externa o de la subversión interna.

Fundamental para esa concepción y esa política fue la identificación por Foster Dulles del neutralismo, anticolonialismo y de las guerras de liberación nacional, con el comunismo internacional. Se asumía, como axiomático, el presupuesto de la íntima interconexión de todos los movimientos revolucionarios del mundo —del antifranquismo español al anticolonialismo de Indochina— y el hecho de que todos obedecían a una estrategia común, subordinada a un comando central que partía del Kremlin. De ahí la necesidad, como contrapartida, de una estrategia global del "mundo libre", bajo la dirección norteamericana que permitiese repeler —de forma coordinada— por

⁴Cf. John Lukacs, *A New History of the Cold War*, Garden City, N. Y., Anchor Books, 1966; ver también Raymond Aron, *Republique Impériale*, Paris, Calmann-Levy, 1973, particularmente la primera parte.

vía militar, los ataques externos y por vía de la contrainsurgencia, las rebeliones internas.

A esa visión dicotómica del mundo, en que todo lo que atacara el "status quo" de áreas no controladas por el "comunismo internacional", representaba necesariamente una ingerencia de éste, se sumó en el caso del sudeste asiático la famosa "teoría de los dominós". Esa teoría, que se convirtió en el pensamiento oficial del gobierno norteamericano a partir de Eisenhower, postulaba la inevitabilidad de un efecto de arrastre de la caída de cualquiera de los países del sudeste asiático sobre los demás en beneficio del campo comunista. Así como en un juego de dominós la caída de una de las piezas arrastra a las demás, dejar caer en aquella región a Vietnam del Sur bajo el dominio comunista, de cualquier forma significaría someter a ese dominio al resto de Indochina, a Malasia, a las Filipinas.

Se añade a esto que la suposición de que el "comunismo internacional" operaba coordinadamente todas las revoluciones del mundo sobrevivió, por increíble que sea, a la experiencia del conflicto chino-soviético a partir de la década de 1960, así como años más tarde sobrevivió a la ostensible diversidad de orígenes de los propósitos y de las ideologías de los movimientos emancipatorios del Tercer Mundo.

De esa línea de concepciones resultaba, necesariamente, la identificación de las fuerzas del antiguo Vietminh y después del Vietcong, representadas por el gobierno de Hanoi y por el Frente de Liberación Nacional, como simples aspectos del momento de la gran conspiración del "comunismo internacional" para la conquista del "mundo libre". Y como la teoría del dominó postulaba que la caída de Vietnam del Sur bajo el dominio del "comunismo internacional" acarrearía consigo la caída de todo el sudeste de Asia, la necesidad de evitar tal hecho justificaba el empleo de medios más drásticos.

Se explica así que Johnson, heredero menos lúcido del triunfalismo de Kennedy, optase por la intervención militar directa como medio de terminar de una vez por todas las guerrillas de Vietnam. Es evidente que los analistas del departamento de Defensa subestimaron gróseramente la capacidad de lucha del pueblo vietnamita. Es también evidente que Johnson, como resultado de ese engaño, también subestimó la reacción antibélica que provocaría en los Estados Unidos la creciente demanda de tropas para la lucha de Indochina. Cabe reconocer, entretanto, que la resistencia heroica del pueblo vietnamita y la capacidad de dirección política y militar de Ho Chi Minh (fallecido en 1969), de Nguyen Vo Giap (ahora ministro de Defensa de Hanoi), y demás líderes de Vietnam del Norte y del Vietcong, sobrepasan con mucho cualquier paralelo histórico, desde la Grecia de Leonidas y Milcíades.

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL ORDEN MUNDIAL

El entendimiento de la intervención americana en Indochina requiere, entretanto, además del análisis de sus propias concepciones oficiales, tales como la doctrina de la contención o la teoría de los dominós, la comprensión del sistema internacional que se constituyó después de la segunda guerra mundial.⁵

Vencidas las potencias del eje, el cuadro mundial se caracterizó por el extraordinario contraste que pasó a separar la situación de las grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética de un lado, de los países europeos que hasta recientemente constituían el centro del sistema internacional y que, vencedores o vencidos, salían de la guerra profundamente debilitados. Del otro lado, de los países del Tercer Mundo que manifiestan crecientes aspiraciones a emanciparse de las tutelas coloniales o neocoloniales y a su desenvolvimiento.

Confrontados con esa situación, los Estados Unidos adoptaron una política orientada, en lo fundamental, 1º) hacia la ayuda económica a Europa, combinada con medidas destinadas a fortalecer los partidos centristas europeos y aislar políticamente a los comunistas; 2º) hacia la contención de la expansión soviética y, de un modo general, del "comunismo internacional"; 3º) hacia la preservación del "status quo" en el Tercer Mundo, considerando los movimientos y las revoluciones de liberación nacional como manipulados por el "comunismo internacional".

La visión norteamericana del mundo de la postguerra, orientada naturalmente hacia la optimización de los intereses de los Estados Unidos, dentro de lo que les parecía ser un nuevo contexto internacional, contiene dos grandes engaños. El primero, relativo al grado de unidad del "comunismo internacional", tanto ideológica como operacional y subsiguientemente a la medida en que ese "comunismo internacional" sea dirigido por Moscú. El segundo se refería a la naturaleza y a las características de los movimientos emancipatorios del Tercer Mundo y, consecuentemente, a la medida en que tales movimientos sean dependientes del "comunismo internacional".

La imagen de un "comunismo internacional" ideológicamente basada en la presunta unidad internacional de la clase obrera, cons-

⁵Cf. George Liske, *Imperial America and War and Peace*, Baltimore, John Hopkins Press, 1967 y 1968, respectivamente.

tituyó de hecho un instrumento que los dirigentes soviéticos han utilizado para racionalizar sus intentos de centralizar el control de los movimientos comunistas en el resto del mundo. Además, fue un elemento indispensable de propaganda para la Unión Soviética, que sirvió para aumentar la impresión de su poderío, lo que necesitaba particularmente antes de alcanzar su paridad nuclear con los Estados Unidos.

Históricamente, la idea de un comunismo internacional bajo la coordinación soviética fue un sustituto, bajo las condiciones de la segunda postguerra, de la idea precedente de un socialismo internacional, a cuya dirección había aspirado la Unión Soviética en la primera postguerra. El conflicto entre los métodos de Lenin, autoritarios y orientados al control de la base por parte de la cúpula, y la tradición democrática del socialismo europeo —que se repite en la actual experiencia portuguesa en el conflicto entre Soares y Cunhal— condujeron, como es sabido, al divorcio entre el socialismo democrático, que permanece vinculado a la Segunda Internacional y al socialismo autoritario, que condujo a Lenin a la creación de la Tercera Internacional y que a partir de Stalin se convertiría en el comunismo soviético.

Indudablemente, los dirigentes soviéticos tuvieron un margen inicial de éxito en la manipulación de la tesis, o más bien dicho, de la imagen de un comunismo internacional unificado bajo su comando. La ruptura de Tito con Stalin en 1948 (en plena fase de aplicación de la doctrina Truman) se tornó visible a medida en que tal unidad se hacía aparente. A partir de ahí, se acumularon los elementos de evidencia con respecto a las numerosas y complejas tensiones internas existentes entre la Unión Soviética y sus satélites. El conflicto chino-soviético, a partir de 1960, no sólo vio aparecer una nueva dimensión a las disputas internas dentro del bloque soviético, sino además rompió definitivamente la unidad operacional del campo comunista, estableciendo dos centros rivales de actuación. Si consideramos las fechas precedentemente mencionadas, resulta sorprendente que los Estados Unidos hayan mantenido teóricamente hasta el gobierno de Kennedy (1961-1963), su concepción de un comunismo internacional unificadamente controlado por Moscú.

Esos graves engaños en que se basa la visión norteamericana de la situación internacional acarrearán no menos graves consecuencias para los propios Estados Unidos y para el mundo en general. En síntesis, tales consecuencias consistieron en el aislamiento internacional de los Estados Unidos y en su participación en peligrosas y costosísimas operaciones represivas, que terminaron sobrepasando el margen de aceptación del propio pueblo norteamericano, privando

a los dirigentes de aquel país del apoyo interno y de los medios de acción requeridos.

El sistema internacional contemporáneo se tornó, en último análisis, en un sistema compuesto por niveles de decreciente capacidad de actuación, en el cual se traban, tanto horizontal como verticalmente, complejas relaciones de cooperación y conflicto. En el primer nivel se sitúan las dos superpotencias⁶. En el segundo nivel se sitúan los países dotados de suficiente autonomía internacional: los de Europa Occidental, Canadá, Australia, Japón y China; el mundo árabe en forma emergente; los tres países mayores de América Latina y Venezuela de manera aún potencial e incipiente y, eventualmente, la India. En el tercer nivel, los demás países.

La estabilidad de ese sistema depende de la medida en que las condiciones internacionales, de las cuales son predominantemente responsables las dos superpotencias, aseguran dos tipos de requisitos. De un lado, una correspondencia suficiente entre el peso económico, cultural, social y político-militar de cada país y su posición internacional, incluido su margen de acceso a los mercados, los recursos naturales y a la tecnología. Por otro lado, un mínimo de atención en el plano internacional, a las exigencias de justicia, libertad e igualdad por parte de cada uno de esos países y de sus respectivos pueblos. Los déficits que se verifiquen en esos dos órdenes de requisitos de que depende la estabilidad del sistema internacional exigen su compensación por un "quantum satis" de represión, por parte de la superpotencia predominante en el área de la crisis.

Fue por haber equilibrado en forma inadecuada sus relaciones con Hungría, Checoslovaquia y Polonia que la Unión Soviética intervino militarmente en esos países (salvo en el último), pagando un alto precio en términos de pérdida de autoridad moral y de credibilidad ideológica. El hecho de que continúan siendo extremadamente insatisfactorias las relaciones entre la Unión Soviética y Europa Oriental así como, internamente, entre las regiones y grupos étnicos de la propia Unión Soviética, aun entre la cúpula dirigente y la base de su población, es responsable de la desproporción entre el poderío militar-tecnológico de la Unión Soviética y su debilidad política y cultural.

Del mismo modo los Estados Unidos, que surgieron de la segunda guerra mundial como la mayor potencia del mundo, investidos de alta autoridad moral por su lucha contra la opresión fascista y su tradicional posición anticolonialista, así como por el buen funcionamiento de su democracia interna y su preocupación por las soluciones

⁶Cf. Helio Jaguaribe, *Political Development*, New York, Harper Row, 1973, particularmente págs. 357 a 392.

consensuales, empezaron a perder esa autoridad moral y sustanciales elementos de su liderazgo mundial por la escalada de violencia a que se entregaron en el sudeste asiático.

Existe todavía, entre otras, una relevante diferencia entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en lo que se refiere al empleo internacional de la violencia. Modelada por un régimen dictatorial-totalitario, la Unión Soviética no da margen a que la actuación de sus dirigentes sea paralizada por la oposición interna, salvo en caso de golpe de Estado o formas semejantes de deposición del secretario general del partido (como ocurrió con Khrushchev). En contrapartida, el grado de legitimidad interna del gobierno soviético es bajo, no permitiendo sin graves riesgos para sus dirigentes, exponerse a empresas sin grandes posibilidades de éxito. Por el contrario, en los Estados Unidos la presión de la opinión pública, entre otros efectos, condiciona el comportamiento del Congreso, que podrá denegar recursos al Ejecutivo e imponerle restricciones jurídicas e incluso mover legalmente el "impeachment" del presidente si no acata las normas del Congreso, como ocurrió a fines del gobierno de Nixon y como está ocurriendo con Ford.

Así se configura para los Estados Unidos una correlación entre el margen de libertad y de democracia internas, que se manifiesta en él —y que continúa siendo bastante alto— y el margen de consensualidad— sobre todo nacional, pero también internacional que rodea su política exterior. En cuanto a los sacrificios exigidos por la intervención en Indochina, inicialmente no fueron excesivamente resistidos por el pueblo norteamericano, en la medida en que éste se dejó convencer por sus dirigentes y por la "mass media" de que tal intervención se realizaba en nombre de la defensa de los Estados Unidos y de la democracia en general, para detener al comunismo internacional e incluso, en último análisis, en beneficio de los propios vietnamitas.

A partir del momento en que se hizo sentir cada vez más el peso de la guerra en términos de bajas americanas y de dificultades económicas internas, las argumentaciones simplistas dejaron de ser aceptadas. Se verificó un creciente cuestionamiento de la guerra y los dirigentes políticos, con su pérdida de crédito agravada por el escándalo de Watergate, dejaron de contar con el apoyo de la opinión pública y del Congreso. La retirada de las fuerzas americanas fue impuesta a Nixon menos por sus anteriores promesas que por no disponer más de condiciones para continuar financiando la guerra, ni de disciplina interna para reclutar y encuadrar a los G. I. s. El agravamiento de estas condiciones dos años después, impidió que Ford intentara contener la ofensiva del Vietcong —como ocurrió a

finés de 1972 y a principios de 1973— a través del empleo masivo de bombardeos aéreos.

La victoria de Vietnam contra la mayor potencia del mundo, después de haber derrotado al colonialismo francés en el curso de una lucha prácticamente sin treguas que data de 1945 y cuyos orígenes se remontan a la década de 1920, así como también a la extraordinaria gesta del pueblo camboyano para reconquistar su autodeterminación, constituyen como observé inicialmente, uno de los acontecimientos más admirables de la historia.

Ante la grandeza humana de esa epopeya trágica sería imperdonable, tanto para un entendimiento claro de las cosas como en términos puramente éticos, tratar de confundir el significado de esos acontecimientos, etiquetando de “comunistas” a las fuerzas de Ho Chi Minh o de Khieu Samphan. Es cierto —como era inevitable y como es deseable— que la nueva Indochina será socialista. Es probable que ese socialismo tenga un carácter autoritario que lo aparte de los padrones ideales del socialismo consensual. Las terribles condiciones asiáticas, agravadas por decenios de guerra y de saqueo, están lejos de permitir rápidamente una consensualidad que siglos de paz y prosperidad aún no tornaron posible en Suecia.

Por el contrario, a pesar de lo que ocurrió en la Unión Soviética a partir de Stalin, todas las indicaciones relacionadas con las nuevas fuerzas en Vietnam y en Camboya apuntan hacia un profundo contenido democrático, fundado en la voluntaria movilización de masas para la lucha de liberación nacional, en la intensa participación del pueblo en todas las tareas de reorganización de la sociedad y en la emergencia de los líderes a partir de las bases, en función de su capacidad y dedicación.

En la medida en que la expresión “comunismo” sea utilizada en el sentido en que corrientemente se emplea en los países occidentales, denotando un régimen de estatización de la economía bajo el control autoritario y totalitario de una burocracia autocooptada, cuyos poderes no provienen de la libre delegación popular, esa expresión debe ser reservada, en buena y honesta semántica, a los regímenes de tipo soviético. La China de Mao Tse Tung, en su extraordinario esfuerzo por evitar la burocratización autoritaria de su estrato dirigente, ya constituye una experiencia muy diversa de la soviética. Todo indica que Vietnam y Camboya también se encaminan hacia una experiencia diferente.

En verdad, estamos asistiendo actualmente en el Oriente Socialista a una extraordinaria renovación de formas de organización de la sociedad orientadas por un trágico humanismo social. Hay en esa experiencia una síntesis, en formación, de las grandes influencias del pensamiento oriental clásico, de Confucio y de Buda, con el del Marx

de los Manuscritos de París. Hay también una tradición multiseclár de resistencia estoica a las condiciones más adversas, agravadas en los últimos siglos por la agresión y el pillaje de los países occidentales.

En un momento de la historia en que la tecnología se convierte, en los países occidentales y en la Unión Soviética, en el fin último de la vida humana, generando una civilización de consumo y una gestión tecnocrática de la sociedad y de la cultura, el trágico humanismo social del Oriente socialista nos viene a demostrar inicialmente que lo humano supera lo mecánico, cualesquiera que sean las potencialidades de éste, cuando el primero se define por la decisión trágica de trascender lo contingente. Y nos van a abrir, en seguida, dentro de las condiciones asiáticas, la perspectiva de un nuevo humanismo en el mundo, instrumentado por la tecnología, compatibilizado con las grandes masas y asumible por todos los hombres.